

GEOGRAFIA HISTORICA DE COLOMBIA

(Fragmento).

EL NUDO DE LOS ANDES EN EL SUR DE COLOMBIA

Por: **MANUEL JOSE FORERO.**

*Artículo del Boletín de la
Sociedad Geográfica de Colombia
Número 4, Volumen X
Cuarto Trimestre de 1952*

La geografía de la América del Sur nos hace ver la potente masa de la cordillera de los Andes como elemento suyo consustancial. Al territorio colombiano llega esa cordillera firmísima como un mensaje del Ecuador hermano.

En el sur de Colombia tenemos un nudo de grandes proporciones y de caracteres muy señalados. Si no existiesen las tierras altas propicias a la vida del hombre en colectividad y en posición sedentaria, nuestras regiones de Nariño carecerían de las dotes naturalmente favorables que han permitido allí la formación de centros populosos, ricos y cultos. Pero las vertientes de la cordillera de los Andes enriquecen el ambiente geográfico del sur de Colombia en sitios tan adelantados como Pasto, capital política del mencionado Departamento de Nariño. Las selvas espesas y los peñascos ásperos y bravos se han dado cita en el territorio cuya descripción nos ocupa y halaga. Bien sabemos que cada uno de nuestros pasos hacia el Departamento de Nariño, considerado como región política del país y como lugar fronterizo, nos lleva hacia la línea ecuatorial. Dicha línea tiene tanta importancia para la explicación del hombre y del ambiente suramericanos como el más vasto de los fenómenos naturales del continente nuevo.

Las enormes extensiones de tierras bajas son un océano si se las compara con las breves manchas de tierras altas que las cartas geográficas presentan en el sur colombiano. Apegados fielmente a las vertientes andinas aparecen nuestros habitantes del sur, manteniendo en él una posición de

equilibrio para no perecer en las selvas fieras y temibles que devoran cuanto se pone a su alcance y cae dentro de su recinto húmedo y dañino. El vigor de los colombianos del sur es tanto, que ha formado núcleos riquísimos de cultura y de economía, y puede mantenerlos con orgullo patrio.

La potencia vital de la tierra nariñense, más concretamente de Pasto y su comarca, es apenas creíble. “La variedad, el tamaño y el sabor de los productos de la tierra —dice don Miguel Triana— causan admiración. Las papas son deliciosas, y hay de ellas una multitud de especies desconocidas en el resto del país. Las legumbres se producen con exuberancia: hay allí repollos de media arroba de peso y lechugas de tamaño fabuloso. Conocimos una clase de habas que, por su extraordinario desarrollo, podrían exhibirse en cualquiera exposición agrícola. Los granos, en general, llaman la atención por su gran tamaño: el maíz capia, blanco como el alabastro, tierno y harinoso, es de tal tamaño, que veinte granos llenan un puñado, de modo que sería muy breve la contada de los que forman una libra. La cebada, alimento popular, es tan buena, abundante y barata, que allí la gente más pobre se nutre bien y vive rolliza. Carne succulenta, variedad infinita de frutas, pastos tiernos y jugosos, leche rica y abundantísima, y un clima frío y seco, hacen del cuenco pastuso un famoso criadero de la especie humana. Desde las cumbres que encierran este fecundo cuenco se columbra una especie de damero a cuadros de variado matiz, en los que juegan todos los verdes imaginables, separados por abollonaduras de un verde casi negro, formadas por arbustos floridos que sirven de valladar a los pequeños predios. En cada lote hay una choza y dentro de ella una numerosa familia de indios que viven a expensas de su diminuta heredad. La india teje en el telar, el indio labra la tierra, los indiecillos pastorean las ovejas. Las casas indígenas se parecen a sus dueños: agachadas, humildes y silenciosas. El color gris de las techumbres y el terroso de las paredes dan al conjunto de los caseríos un aspecto de mansedumbre, de quietud y de paz, muy en armonía con el genio de los naturales. Como núcleos de concentración, aparecen dispersas en el valle de Atriz una veintena de capillas, de torres cuadradas cubiertas de teja, donde penden dos campanillas de voz chillona, que sirven de lengua a la parcialidad agrupada a su contorno; el toque de alba, para saludar el día; el de Avemaría, para suspender las labores campestres y alabar a Dios; y el toque de Animas, para recordar a los antepasados, son los únicos signos del lenguaje metálico de la parcialidad, pronunciados desde lo alto del campanario entejado de la capilla rústica”.

El aprovechamiento de las vertientes y lugares altos por aquellos colombianos que han elegido como domicilio el territorio nariñense ha sido contribución notable a la economía del país. La cordillera que entra por allí a Colombia ha atravesado ya la América del Sur, partiendo desde el estrecho de Magallanes y serpeando sin descanso hasta llegar a coronar en su jornada el dominio de nuestras gentes laboriosas en lo que fue antiguamente llamado Cauca Grande. Sobre su lomo han construido

los bolivianos a La Paz, a 3.694 metros sobre el nivel marino; y los ecuatorianos la 1ª ciudad de Quito, a 2.850. Los pobladores del Sur de Colombia han erigido las torres de Pasto a 2.594 metros, precisamente en las faldas del famoso volcán Galeras, a toda hora hirviendo y en todos los momentos amenazante. La costumbre de verle ha modificado la sensibilidad nerviosa de los pastusos o pastenses, que no le temen aunque siempre le miran.

La cordillera de los Andes se parte en dos ramales que se levantan en forma paralela entre el conocido **Mirador de Guaca** y la eminencia volcánica de **Chiles**. El occidente del país dispone de uno de ellos, y le conoce con el nombre de cordillera occidental; el otro recibirá, en su movimiento hacia el océano Atlántico, los nombres de cordillera central y oriental, según la vía que haga propia.

El gran nudo de la cordillera andina encierra un potencial volcánico de proporciones gigantescas. Chiles se levantan a 4.840 metros; Pasto o Galeras a 4.100; Sotará a 4.600, Cumbal a 4.890.

El recio carácter nariñense ha producido multitud de caseríos, aldeas y ciudades de segunda y primera importancia. San. Pablo y La Cruz, El Tablón y Belén, San Bernardo y San José, La Unión y Taminango, La Florida y Sandoná, Linares y Albán, Guaitarilla y Consacá, Contadero y Carlosama, Sampuyes y El Cambio, Sarnaniego y Sotomayor, Barbacoas y Tumaco, El Salto y Sanabria, San Pedro y Policarpa, Túquerres y Yacuanquer, Pupiales y Aldana, Córdoba e Ipiales, Puerres y Tangua, son algunos de los nombres a cuyo arrimo los nariñenses han dado calor a sus hogares y prosperidad a sus sementeras. En verdad, no todos los nombres enunciados son familiares a los habitantes de lugares de Colombia distantes del territorio del sur. En cada uno de tales sitios el vecino humilde, como el rico señor, elaboran la riqueza del país a quien aman con probada entereza.

La cordillera se manifiesta, además de sus alturas, con ríos de intensidad variada. El Telembí, el Patía y el San Pablo; el Mangüil, el Mansalbí y el Iscuandé; el Afiladores, el Blanco y el Rumiyaco; el Téllez, el Pedroyaco y el Mayo; el Juanambú, el Guáitara y el Sanquianga, son corrientes en donde beben hombres y ganados, y de los cuales se nutren las tierras fértiles cuya riqueza interior aprovecha el habitador de Nariño para hacer durable su casa y próspera su hacienda.

Lo repetimos: cuando en estas lecciones o conferencias o simples pláticas de geografía colombiana hablamos de las ciudades y aldeas, de las poblaciones de segunda importancia y de los caseríos incipientes, no queremos de ninguna manera enumerar rutinariamente los haberes físicos: queremos enaltecer la faena humana, el trabajo diligente, la vitalidad colombiana. Porque no basta ser dueño de la tierra que nos dejaron como herencia los colonizadores antiquísimos y los fundadores de la

república: es preciso que esa tierra produzca dones a fuerza de laboriosidad y de constancia.

Si nos pusiésemos a nosotros mismos en viaje desde el norte del territorio ecuatoriano hacia el interior del rectángulo más densamente poblado de la comarca nariñense, encontraríamos a nuestro paso la población fronteriza de Ipiales, no tan próspera como la desean quienes han ambicionado que los puntos principales de Colombia en la región limítrofe sean ejemplos vivos de adelanto material y de vigor patrio. Ipiales representa para los ecuatorianos el primer hito en su marcha hacia Colombia, y para los colombianos el lugar de despedida. Tiene grande antigüedad como poblado, pero circunstancias numerosas han influido para que su prosperidad y comercio no excedan de ciertos límites menores. Los habitantes de Ipiales tienen mucho de bondadoso y hospitalario, como corresponde a quienes allí representan las tradiciones de la Nueva Granada. Diversas razones han intervenido para que en los nariñenses haya mucho de ecuatoriano y en los ecuatorianos mucho de colombiano. Originariamente vinculó a los unos y a los otros la dominación española de la Provincia de Popayán y de la Presidencia de Quito, de donde viene el apego fraterno, la comprensión casera, el amistoso trato doméstico. Tierras vastas, difíciles y buenas reunieron a los hijos de Quito y a los de Pasto, en los afanes de la diaria labor y en las esperanzas de las mismas cosechas; comarcas en donde apenas había mío y tuyo amasaron en un mismo modo de ser a los pobladores, y les hicieron comprenderse en el ademán de familia y en el movimiento de linaje. Ventaja enorme para el Ecuador y Colombia ha sido en los tiempos republicanos el entendimiento apacible y afectuoso de los habitantes de tan importantes lugares americanos. Recorriendo unos sitios en donde la huella del ecuatoriano en nada difiere de la huella el hombre de Colombia, añora los tiempos de la unión política presidida por la majestad paterna del Libertador.

Al sur-oeste del rectángulo colmado de poblaciones de varia condición económica se encuentran las denominadas Carlosama, Aldana, Pupiales, Córdoba y Cumbal. Esta última tiene a poca distancia el volcán de quien recibe nombre, de la misma manera que el caserío creciente de Chiles ve sobre sí el volcán de igual denominación. Más al norte Guachucal, Gualmatán, Contadero y Puerres continúan como demostración del nariñense a su tierra, a la agricultura y al pastoreo. El apacible semblante de localidades tan breves como abundantes en recursos pondera la infatigable mano de los pobladores, que nunca nos cansaremos de alabar, pues tan benéfica resulta para el presente y el porvenir del país. Iles, Funes, Sampuyes, Ospina, Inúes, Tangua y Yacuanquer son aldeas que viven de sí mismas, ni envidiadas ni envidiosas, produciendo (como las mencionadas anteriormente y las que vendrán luego), todo lo necesario para subsistir adentro y para comerciar afuera. Túquerres, a 3.104 metros sobre el nivel marino, y Yacuanquer a 2.714 declaran la intensidad que hay en la compenetración del hombre con su ambiente y de éste con quienes le soportan y aún se hacen ricos o acomodados merced

a la madrugada campesina y al vigilante cuidado con que los sorprende la noche.

Al nor-este de Yacuanquer encuentra el viajero la laguna de La Cocha, no por cierto la única del territorio nariñense. Las del Trueno o Piousbi y de Chimbusa representan depósitos de agua más considerable que los existentes en las cercanías de Payán y Miraflores; por su parte, el río Tapaje forma una laguna de dimensiones no despreciables, y la laguna contigua a Playa Grande constituye una reserva que a nadie aprovecha en inmensidades de territorio pobladas en la más precaria proporción. La Cocha es importante no sólo a causa de sus dimensiones sino porque se halla en un punto accesible desde la ciudad principalísima de Pasto.

Antes de detenernos en sus templos y capillas, en sus antiguas calles y plazas, en los campos verdes de sus inmediaciones y en la contemplación de la espiral de humo del Galeras, embarcados en frágil nave entremos a la laguna de La Cocha, amada por los propios y enaltecida por los extraños, como joya geográfica de Colombia en el sur. “Una especie de abrazo entre dos cordilleras que vienen a juntarse en las cumbres después de atravesar grandes comarcas —dice don Miguel Triana en su libro intitulado “Por el Sur de Colombia”— es lo que forma este mar interandino. El “Tábano”, el “Motilón” y el “Remolino” al occidente, y el “Bordoncillo” y el “Campero” por el oriente, empinan sus cúspides para mirarse en el cristal, y estiran sus faldas arrugadas hasta convertirlas en cabos y penínsulas del lago. La figura de éste semeja imperfectamente la América del Sur: la ensenada del noroeste donde entra la quebrada que desciende del Tábano, es Colombia y su perdido Istmo; hacia el lado correspondiente a Venezuela le entra el río Encano, que viene del Bordoncillo; la ensenada oriental representa el Brasil, por donde le entra, al noroeste, el río Quilinsayaco, que viene del Campanero; al sur se forma un cuerno semejante a la Patagonia, por cuya extremidad meridional se desliza oculto entre los juncos y sin ruido el hilo de agua que, engrosado en su viaje, hace caudaloso al Putumayo, su compañero de aventuras en el territorio oriental. Las quebradas del “Mortiño” y “Santa Lucía”, provenientes del páramo de este nombre, reunidas, entran al lago en el sitio que en el anterior símil le corresponde a Chile. Por el lado del Paraguay rompe la armonía de esta semejanza una isla larga, de cerca de un kilómetro de longitud, que a modo de punta entrante se atraviesa en el lago. Esta isla es más importante que la Corota y nadie ha hecho mención de ella... El paisaje paramoso y de juncales, a la orilla de la laguna, tras del que surgían aquí y allí dispersas humaredas azules, nos provocaba inútilmente —sigue diciendo don Miguel Triana— a dejar de él una descripción gráfica... El agua quieta, el cielo pálido, el frío intenso, el silencio de las grandes alturas, la horizontalidad del panorama y, por toda vegetación, el junco rectilíneo, sin expresión, forman un conjunto donde un paisajista de genio imprimiría aquella como psicología de natura triste que flota en las parameras”.

Cuando no existían las posibilidades que la moderna ingeniería ofrece a la destreza humana, lagunas como La Cocha apenas resultaban elemento de contemplación embelesadora e interrupción del beneficio agrícola para los dueños de las orillas aprovechables. Ahora no. La enorme cantidad de agua que ríos y quebradas almacenan en este lago puede ser largamente distribuida a favor de grandes empresas hidráulicas, a cuyo amparo el Departamento de Nariño logre elevar su nivel de vida y multiplicar sus fuentes de progreso. No solamente la tierra fértil puede, en los días actuales, formar caudales benéficos para el conjunto social y para el individuo en particular; también el agua de estos depósitos naturales, colocados a tan considerable altitud, puede convertirse en oro constructivo y no corruptor, en civilización amable y en acomodo apacible. De otra parte, es preciso reflexiona acerca del inferior nivel de las poblaciones y de los pobladores del Departamento de Nariño, y propiciar sus pasos en busca de cosas mejores.

Para tal efecto ha colocado la naturaleza en las regiones que reciben tan ilustre nombre las maravillas que las distinguen y ennoblecen, y en otras las que conocemos con las denominaciones de lagunas de suesca, de Fúquene y de Tota, tan favorables para los Departamentos de Cundinamarca y Boyacá. La capacidad de la ingeniería moderna, es preciso repetirlo, producirá a Colombia poderes extraordinarios en el orden de las cosas naturales.

A la cabeza del territorio nariñense, considerado como entidad de derecho público, se halla la ciudad de Pasto. Quiere esto decir que ella preside un territorio de cerca de treinta mil kilómetros cuadrados, con una población cifrada en quinientos mil habitantes, y que posee cualidades naturales y espirituales dignas de atención singular. El Departamento de Nariño fue creado por la Ley Primera de 1904, la cual le otorgó tierras antaño pertenecientes al Cauca. Conviene anotar, en lo atinente a su población, que el censo nacional de 1905 le asignó 256.415 habitantes, pertenecientes a las agrupaciones blanca pura, mestiza, indígena y negra, procedente en lo histórico, esta última, de la antigua trata cuyo propósito peninsular fue la protección de los naturales americanos.

Los núcleos mencionados constituyen un conjunto diligente y activo. Los descendientes netos de las viejas familias españolas mantienen intacto el modo de ser y de actuar que fue propio de éstas. Sus costumbres proclaman la recia raigambre de donde provienen, esto es, el sentido cristiano de la vida, el apego al hogar doméstico, el mantenimiento del trabajo diario como fuente de virtud redentora. Sin que presuman a toda hora de sus antecedentes hidalgos, los pastusos o pastenses de hoy vinculados a la clase alta creen sinceramente en la eficacia de las tradiciones superiores por cuanto ellas condicionan las acciones mínimas y los pensamientos mayores del hombre. Como los pobladores y colonizadores de estas fértiles vertientes vinieron derechamente de la vida agrícola propia de Castilla

y Extremadura, de Andalucía y Valencia, al movimiento cotidiano incorporaron la dirección moral y la tendencia adoctrinadora y recogida. No solamente Pasto, en modo alguno: todas las poblaciones del antiguo Cauca fueron células alimentadas en la duración del coloniaje peninsular por la savia cristiana más pura.

Los vecinos titulados de Pasto en el tiempo de la dominación hispana rigieron y aprovecharon para las economías agrícola y minera importantes grupos inferiores originarios igualmente en la fuente aborigen profunda y en la inmigración negra. Con anterioridad a la independencia y con posterioridad a ella tales grupos humanos ocuparon ocupan un significativo lugar. Los campesinos nariñenses que vienen de las tribus autóctonas del territorio tienen también mucho que ver con las agrupaciones remotas del vecino país quiteño, y han traído hasta el presente —en calidad de testimonio—, no poco de las formas lingüísticas del quechua. Las masas de procedencia africana han mantenido en las regiones del antiguo Cauca el modo de ser impreso en su sangre y en su espíritu por muchos siglos de laboriosidad en las empresas y de pasividad en la conducta.

Es cierto que muchos niños negros van a las escuelas y muchos adolescentes logran concluir estudios de bachillerato y aún ingresar a las universidades en demanda de títulos académicos. Con todo, una actividad cultural más amplia de su parte, les permitiría alcanzar en mayor número elementos de vida más acordes también con el crecimiento general de la república. Como en ella no existe el prejuicio racial, y como escuelas, colegios y universidades reciben sin discriminación a todos los ciudadanos, parece natural que si la pasiva actitud de muchísimos niños negro en frente del movimiento cultural del país se cambiase en vigorosos términos, la posición intelectual de tales pobladores sería más influyente para la república.

Sin que nos detengamos a mencionar los sitios del Departamento de Nariño en donde la población negra es numerosa, pueden ser citados los municipios principales de Barbacoas y Tumaco. Muchas aldeas y caseríos albergan a esta parte de la población colombiana, cuya proporción en el país es algo más alta del seis por ciento en esta época (1952).

